



arte

# ADOLFO SCHLOSSER, poeta de la Naturaleza

La obra de Adolfo Schlosser, 1939-2004 se puede ver en el Museo Reina Sofía hasta el 23 de mayo.

Se trata de uno de los artistas más destacados de la escena española de las últimas décadas. A pesar de la trascendencia que tiene y de la influencia que ejerce la obra de Adolfo Schlosser en el panorama artístico español, se le han brindado pocas exposiciones individuales.

Schlosser se distingue por el uso de elementos naturales, recolectados directamente de su entorno inmediato, como piedras, ramas o tierra. El tratamiento que da a dichos materiales lo llevan a obras de un marcado carácter poético por encima de la gran belleza que encierran en sí mismas.

Uno de los grandes méritos del artista es la capacidad evocadora que logra arrancar a los materiales y formas.

Formas que se mueven entre la geometría y la arbitrariedad.

Como comenta Francisco Calvo Serraller, comisario de la exposición, su relación con la naturaleza era espiritual: «Veía que estaban ahí los auténticos materiales del arte».

Su obra expresa las tensiones entre naturaleza-cultura y alienta una forma distinta de ver el mundo.

Entre los materiales con que experimentó se encuentran los plásticos, gomas, cuerdas y metacrilatos, hasta que descubrió la madera, pieles de animales, ramas..., materiales que le proporcionaba la naturaleza en su casa de Bustarviejo, el pueblo de la sierra madrileña donde vivía.

Uno de los aspectos más interesantes de la exposición es descubrir las múltiples dimensiones creadoras de Schlosser. Después de la antológica organizada por el IVAM hace tres años, es la primera vez que se reúne prácticamente toda la obra del artista

y es ahora cuando se puede apreciar plenamente su trayectoria, su pensamiento y su capacidad plástica.

El montaje reúne 107 esculturas y 66 dibujos junto a fotografías y un vídeo. A mitad de camino entre el espíritu del arte povera y del land art, las esculturas de Schlosser remiten a la naturaleza. Sin embargo, el suyo es un trabajo que evolucionó al margen de tendencias y avances tecnológicos, desde un universo personal identificado con el hábitat propio.

El papel que descubre Schlosser en la madera es muy interesante. Revela un conocimiento íntimo del material. En efecto hay una serie de esculturas que emplean palos y ramas en tensión: flexadas como arcos haciendo trabajar a la madera en el sentido de la fibra. Esculturas de este tipo son las siguientes:

- Ramas y palos puestos en tensión por medio de cables y pesos: la madera y los tensores forman una trama en cuya geometría y forma radica el sentido estético de la obra: Palmera pared (1995, pág. 89 del catálogo), Sin título (años 2000, 2001 y 2002 en las páginas 100, 115 a 118 del catálogo). La madera son ramas de abedul, ramas de palmera y raíces de enebro.

- Arcos como Arco y flechas (1995, pág. 91 del catálogo), Chung Fu (1995 pág. 93 del catálogo), T'al (1995, pág. 94 del catálogo), Chung Fu (2000, pág. 92 del catálogo)

- Formas reconstruidas con madera de pitera como Don Genaro (1995, pág. 90 del catálogo)

- Formas de doble curvatura tensadas. Resueltas con ramas de abedul o de rosál con doble curvatura y puestas en tensión a través de pieles animales (cerdo) o cables. Destacan Velero (1989, pág. 70 del catálogo), Sin título

(1989, pág. 74 del catálogo), Casa (1990, pág. 76 del catálogo), El holandés errante (1993, pág. 82 del catálogo), Pequod (1990, pág. 83 del catálogo)

- Organización espacial de formas lígneas: Fata morgana (1991, pág. 81 del catálogo), bóveda (1992, pág. 77 del catálogo), el cielo sobre la tierra (1994, pág. 79 del catálogo)

- Instrumentos musicales: Instrumento musical (1975, pág. 53 del catálogo), Madera que suena (1977, pág. 52 del catálogo)

La exposición organizada por el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía se plantea como una "muestra - inventario" y examina la evolución plástica del artista a lo largo de los años para ofrecer una visión amplia de toda la trayectoria y evolución artística de Schlosser desde sus comienzos. Aunque austriaco de nacimiento, Adolfo Schlosser pasó más años en España que en su tierra natal. Los primeros años de su trayectoria artística vienen definidos por la formación en pintura en la Escuela de Gratz, y en escultura en la Academia de Bellas Artes de Viena. A los 19 años emprende viaje a Islandia, donde residirá durante cuatro años dedicado a la pesca, estancia que le marcará considerablemente. Supone su inicio en la escritura, la poesía y el teatro. Además el contacto directo con la naturaleza, con el paisaje y la fauna ártica le marcará a lo largo de los años. Vuelve a su país por tres años, de donde saldrá, huyendo del reclutamiento militar. Llega a España en 1966, donde vivirá hasta su muerte. Trabaja en una fábrica de tapices de Vallecas lo que le sirve para, entre 1970 y 1973, realizar una serie de tapices en lana con motivos geométricos que poste-



riormente se expusieron en la galería Ovidio (Madrid) en 1973. De esos mismos años es su preocupación por la abstracción geométrica. Comienza a recuperar la escultura como principal forma de expresión. Su creciente interés por el espacio y la tensión, le llevará a experimentar con materiales como el plástico o metacrilato y la cuerda o la goma elástica. En los años siguientes evolucionará hacia formas y materiales orgánicos extraídos directamente de la naturaleza, como pieles, ramas y maderas,

hollín etc. Su residencia en Bustarviejo, un pueblecito de la sierra madrileña, se convierte en la principal cantera para todas sus obras, extrayendo la gran mayoría de la materia prima que, sin apenas manipularla, se convertirá en sus esculturas. Toda esta obra será expuesta, desde un principio, en la galería Buades, de Madrid. Cabe destacar el concierto celebrado en 1979 con instrumentos musicales de su propia factura que será después retransmitida por Paloma Chamorro en TVEI. En la década de los ochenta comenza-

rá a trabajar en sus grandes instalaciones, siempre basándose en elementos orgánicos. Su gran aportación al arte contemporáneo internacional se le reconoce oficialmente en el Premio Nacional de Artes plásticas de 1991. Adolfo Schlosser, en definitiva, es un artista polifacético que cultiva diferentes vías de expresión, pero que a

Sin título, 2001  
Hierro y pita  
170 x 170 x 23 cm  
Colección Caja de Burgos



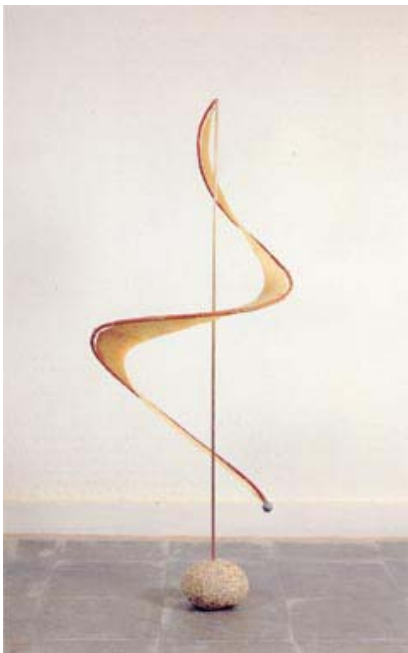


# arte

pesar de tal heterogeneidad técnica y formal, en su trabajo siempre subyace un hilo rector integrado por su sensibilidad e integridad. Por esta misma razón, es difícil someterlo a una clasificación artística; no son pocos los movimientos a los que se le ha intentado vincular (land-art, arte cinético, conceptual, minimalista), sin embargo, Schlosser va más allá de todo rigiéndose únicamente por su capacidad creativa y sus propias leyes emocionales. Las únicas directrices ante las que se postra, son aquellas que le suscitan los materiales o elementos con infinitas formas que le despertaban curiosidad para interrogarlas y extraer



Ajedrez, 1990  
Cobre y madera de ciprés  
20 x 20 x 40 cm  
Colección particular



Velero V, 1995. Rosal, acero, piel de cerdo y plomo

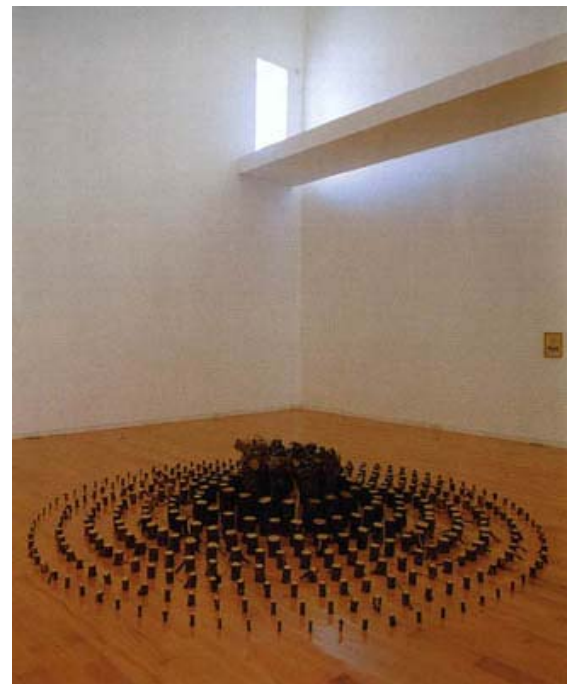


El holandés errante, 1993  
Rosal, piel de cerdo y plomo  
130 x 55 cm  
Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía



T'ai, 1995. Rama de fresno, hierro, acero y fresno.  
150 x 200 x 35 cm

de ellas aquello que ya llevaban dentro. Siempre defendió que las formas ya existían per se y no había más que descubrirlas. Hablamos, entonces, de un romántico que sabe llegar a una sinergia emocional con su obra, respetándola y desvelándola con suma delicadeza y fragilidad que sabe combinar con la dureza y tosquedad que caracterizan a la mayoría de materiales orgánicos que utiliza ▲



El cielo sobre la tierra, 1994. Instalación de pinos cortados y quemados, 65 x 460 cm de